sísimo y eficaz. Indudablemente el Señor dirigirá á su Santísima Madre las palabras de Coriolano. ¡Oh, Madre mia, tú salvas á ese pueblo!

Misericordiosísima Reina: yo veo en Veturia una imágen aunque imperfecta de tu poder y de tu bondad; y no menos de tu misericordia. Dignate interceder por los desventurados pecadores, que habiendo irritado á tu divino Hijo ven vibrar sobre sus cabezas la espada de la justicia eterna; solo tú, sí, solo tú, puedes quitar y suspender el golpe. Te diré con un devoto tuyo: por tí amor mio, entró la misericordia al mundo, para los miserables pecadores, tú disipas los lúgubres nublados de las divinas iras y los conviertes en abundantes lluvias de piedádes, para que alegres puedan respirar los desventurados prevaricadores. Haz, pues, Señora, que sintamos las benignas influencias de tu misericordia, así en la vida como en la muerte, para ir despues á cantarlas en la Jerusalen celestial.

MEDITACION NOVENA.

AHORA.

PROTECCION DE LA SMA. VIRGEN EN LA VIDA.

Esta palabra significa el tiempo de la vida.

Maria es poderosísima para ampararnos eficaz y constantemente en la vida. Considerando los muchos males que padecemos y á que estamos expuestos en los dias de nuestra existencia sobre la tierra, conocerémos lo muy necesitados que estamos de socorros y consuelos. El Santo Job llama á nuestra vida, guerra constante: la Santa Iglesia llama á este mundo, valle de lágrimas; en efecto, no podia dársele nombre que mas le conviniese: desde que venimos á él, comenzamos á derramar lágrimas, y no de otro modo anunciamos nuestra llegada, que con llanto: los dias de nuestra infancia se asemeja á la flor que no puede subsistir sino con riego; pero este riego en nosotros es de lágrimas: en la juventud no nos falta motivo para derramarlas: en la edad de consistencia, en que se piensa y reflexiona con mas cordura; esto mismo nos hace ver y pesar mejor los males de la vida, y nos dá motivo para llorar; no solo por los males que nos afectan,

sino por los que podemos tener con probabilidad: la vejez con sus achaques y otras mil penalidades, va marcada con el llanto; y por último, al separarnos de la vida, una fría lágrima, que corre sobre nuestra mejilla anuncia nuestra separacion.

Los males físicos son innumerables: enfermedades sin cuento, pobrezas, mil elementos que pueden ejercer sobre nosotros acciones nocivas; tempestades en el mar y en la tierra, terremotos, huracanes, granizos, nieves, frios, calores, hambres, pestes, guerras y otra multitud incalculable de padecimientos.

Los males morales son tambien sin número: ignorancia, error, ilusiones, dudas, calumnias, murmuraciones, persecuciones, tentaciones del demonio, falaces doctrinas del mundo; y lo que es mas triste: nuestros mismos semejantes, nos producen el mayor número de males; y lo que todavía es mas triste, que nuestro mismo corazon se constituye nuestro enemigo, rebelándose contra nosotros, con fuertes y desordenadas pasiones; de suerte, que la vida es lucha consigo mismo.

Y si á lo dicho agregamos otro mal, que ciertamente es de grave peso, que consiste en la certidumbre de la muerte, y en la incertidumbre de cuándo y cómo sea; y si en la eternidad se-

remos felices ó desdichados, ¿qué diremos de la vida?

Mas no nos entreguemos á la melancolía ni al desconsuelo; porque la bondad infinita del Señor nos ha dado en la Santísima Virgen una madre, que enjugue nuestras lágrimas, que sane y alivie nuestras penas y que nos dispense mil favores. Esta Virgen poderosísima, llena de amor y compasion, ha sido criada para dulcificarnos la vida; ella puede decirnos aquellas palabras de su Santísimo Hijo: *veni ut vitam habeant, et abundantius habeant:* he venido para que tengan la vida, y la tengan abundantemente; esto es, lo mas felizmente posible. Con razon la Iglesia Santa la llama nuestra vida.

María puede dar salud al enfermo, *salus infirmorum:* puede consolar al afligido, *consolatrix aflictorum:* María puede darnos la mano en las luchas espirituales, hasta vencer á las pasiones, al mundo y al demonio, *auxilium cristianorum:* puede defendernos de los castigos del Señor, y ayudarnos á satisfacer á la divina justicia; segun que nos alcanza para ello, auxilios eficaces. *Refugium peccatorum.* María en fin, puede consolarnos en cualquiera circunstancia de la vida, y dulcificarnos esta. *Vita nostra.*

Pero siendo María la remediadora universal de todos los males, y el acueducto perenne de todos los bienes; podiásenos preguntar: ¿cómo es que está el mundo lleno de enfermos sin alivio, de pobres sin socorro, de afligidos sin consuelo, de viudas desoladas, de huérfanos desvalidos, de jóvenes periclitantes, de justos que apenas pueden mantenerse en la gracia y de pecadores tardíos para su conversion? La respuesta es muy sencilla, héla aquí: porque no todos recurren á María; y muchos de los que á ella se acojen, no lo hacen como deben, para hacerse dignos de su proteccion; porque aunque es verdad, que aun haciéndolo del modo debido, todavía habría males sobre la tierra, porque muchos son indispensables para nuestro verdadero bien; empero, esos males irian mezclados de consuelo, y los que no se necesitasen para nuestra justificacion, desaparecerían del todo.

Es muy natural preguntar ahora ¿cuál es el modo de recurrir á María? ¿cómo nos haremos dignos de que nos dispense sus favores? No de otra manera sino por medio de una verdadera devocion á esta gran Señora.

Véamos en que consiste esa devocion para que sea verdadera y fructuosa: Menchi D'

Aaville (1) dice, que tres sentimientos constituyen la esencia de la devocion á la Santísima Vírgen, y son: sentimiento de respeto, sentimiento de confianza y sentimiento de amor. De manera, dice, que todo lo que no es estos sentimientos, todo lo que no proviene de ellos, todo lo que no se refiere á los mismos, debe mirarse como ageno de la verdadera devocion. El que falte, prosigue dicho autor, á uno de estos sentimientos, no se podrá decir que es verdadero devoto de María; el que tenga devocionverdadera se sentirá penetrado de admiracion en vista de las grandezas de María, de afecto, de confianza y de amor, á la misma Señora, de un ardiente deseo de consagrarse á su servicio y de merecer su proteccion. Hasta el pecador mas empedernido, concebirá la esperanza de su conversion por la intercesion de esta divina mediadora.

La misma razon natural nos convence de la verdad de lo expuesto por dicho autor piadoso; pues, es claro que en primer lugar debe animar á los devotos de la Santísima Vírgen un gran respeto hácia Ella; así por su Santidad asombrosa, como por la predileccion que le dis-

---

[1] Anuario de María.

pensa el Altísimo; y sobre todo, por su incomparable dignidad de Madre de Dios.

La confianza, en segundo lugar, debe ser carácter de esta devocion; porque faltando dicha circunstancia, no agradariamos á la Señora ni mereceriamos sus favores. Claro es que el desconfiado ni merece ni agrada, pues su misma desconfianza está reclamando ser desechado y desoido. Y ¿qué motivo podria alegarse para desconfiar de María? Para conseguir un favor ó estar seguro de la proteccion de una persona, no se necesita, respecto ella, sino que pueda y quiera favorecer ó proteger; es así, que la Santísima Vírgen, puede, porque en sus manos están todos los bienes de su hijo Dios, y porque su ruego es omnipotente; y quiere, porque nos ama como tierna madre, que exede en amor y bondad á todas las madres del mundo; luego no hay motivo de desconfiar; y si desconfiamos, nuestra desconfianza será irracional é injusta, y quedaremos muy lejos de merecer el nombre de devotos de María.

En tercer lugar, nuestra devocion debe ir acompañada del amor. Esto es claro, y no necesita de pruebas ni de esplicaciones; solo daremos una vista á los motivos que deben arrastrarnos, por decirlo así, con una violencia casi irresistible; pero dulce, á amar á la Santísima

Vírgen: es la mas hermosa de las criaturas; esta cualidad es para el corazon como el imán para el hierro; pero su hermosura no es como las del mundo, efímeras y volubles, ni exita bajas pasiones; sino al contrario, es una hermosura angelical, permanente, inalterable, que inspira afectos y sentimientos dulcísimos y puros. María es Santa sobre todos los Santos, cuya cualidad atrae el carazon, porque este ha sido formado para amar el bien, y cuando no hay ilusiones y el bien se le presenta tal cual es, le es muy natural amarlo. San Bernardo llama á María, *raptrix corda*; esto es, que arrebata á los corazones. Si no la aman muchas almas es porque no la contemplan.

Otra razon quiero añadir sobre nuestro asunto, y consiste en manifestar que María es digna de nuestro amor, porque es nuestra Madre: la naturaleza, el corazon, la razon, el sentido comun y la ley divina, nos dicen que debemos amar á las personas que nos merecen el nombre de padres: las cuales son, no solo los que nos dió la naturaleza, sino tambien nuestros superiores y benefactores. ¿Cuanto, pues, estaremos obligados á amar á la Santísima Vírgen, que es nuestra superior, benefactora y verdadera Madre?

Que María ha hecho po nosotros los oficios

de madre, es clarísimo: desde su concepcion inmaculada, comenzó á procurarnos la vida, y continuó desempeñando maternales funciones, respecto de nosotros, hasta la cima del Calvario, en donde no las dejó: sino que las tomó con mas empeño, cuando su Santísimo hijo señalando á San Juan, y en él á cada uno de nosotros, le dijo: *Ecce filium tuum.*

Nadie es capaz de enumerar los favores que María ha dispensado á las almas; quien quiera ver algunos, lea la preciosa obrita de Dolz de Castellar intitulada: "Finezas de María" que son tantas las que refiere este autor, como dias tiene el año; siendo empero una pequeñísima parte de los que ha dispensado, dispensa y dispensará á los que la invocan.

Cuando he dicho que el principal motivo que tenemos para amar á la Santísima Vírgen, es: ser nuestra Madre, me viene á la memoria como mexicano, un recuerdo dulcísimo que llena de la mas suave alegria y hace dar latidos del mas puro gozo á mi corazon. Ese recuerdo es de aquella singular fineza de María, para con los felices mexicanos: corria el año de 1531, y llegó el memorable dia doce de Diciembre; en que el Señor Dios de las naciones, queria distinguir sobre todas á nuestra cara patria concediéndole un gran favor que sobrepuja á todos los bienes de la naturaleza con que la ha enri-

quecido; favor que hizo exclamar al eximio Benedicto XIV: *non fecit taliter omni nationi.* (1) Ese favor del Señor consistió en disponer que su Santísima Madre viniera personalmente á visitarnos. En efecto, la Santísima Vírgen dejando el trono de su gloria bajó presurosa á visitarnos; con mas cariño y ternura que á su prima Santa Isabel en la montaña de Hebron. (2)

Sobre una blanca nube, en la cima del venturoso Tepeyac, se presenta al dichoso Juan Diego, y le da á èl, y en él á todos nosotros el dulce título; no ya de hijo, sino de jocoyolt que en idioma mexicano quiere decir hijito, ó hijo el mas pequeño; y por lo mismo el mas querido: le dice que quiere ser tierna madre de los mexicanos y que desea se le construya un templo, desde donde se mostraria madre amorosa de cuantos solicitaran sus favores y amparo.

Sí, María nos visitó y nos dejó su imágen, é hizo aparecer olorosas flores, como para darnos á entender lo bello de las gracias que queria dispensarnos. Podemos decir los mexicanos aquellas palabras del Espíritu Divino: han aparecido bellas flores en nuestro suelo, y se ha dejado oir la voz de la paloma *flores apparuerunt in terra nostra et vox turturis audita est.* (3)

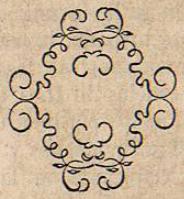
---

(1) Salm. 147. v. 9.
(2) Luc. c. 1.
(3) Cat. c. 2.

¡Cuanto deberá ser nuestro reconocimiento para con tan dulce madre, siendo que nos ha distinguido en su cariño maternal! Sí, á pesar de nuestro demérito, los mexicanos podemos gloriarnos de que somos hijos de la Santísima Vírgen; é hijos muy queridos. Si padecemos calamidades, si desde nuestra independencia sufrimos el azote de la guerra intestina; es debido á nuestra ingratitud, al olvido en que hemos dejado la devocion de nuestra madre; pero ¡ha! que no obstante esto, Ella no ha dejado de dispensarnos su proteccion; tal vez ya hubiéramos sido víctimas de la justicia divina, tal vez ya hubiéramos desaparecido del catálogo de las naciones, si no hubiera moderado los castigos que justamente hemos merecido. No olvidemos que somos hijos muy amados de María, no olvidemos el sublime milagro de la aparicion Guadalupana; él es indudable, es auténtico, no teme el exámen de la mas severa crítica y está aprobado por la silla Apostólica. Si sobre este recuerdo procuramos portarnos como hijos de María, amándola, sirviéndola y obsequiándola como á madre, ella traerá á nuestro suelo la paz y la felicidad, y llegará México al rango de nacion verdaderamente ilustre.

Purísima María, criatura la mas hermosa, la mas Santa, la mas rica de gracias, la mas

misericordiosa, la mas amable, la mas poderosa y la mas grande; depositaria de los tesoros del Altísimo, nuestra medianera, nuestra abogada, nuestra paz, nuestra alegria y nuestra buena madre: haznos merecedores de tus cariños, proteje á la Iglesia y al Estado, da incremento á las ciencias y á las artes, bendice á la minería, fertiliza nuestros campos, purifica la atmósfera, danos la paz; y sobre todo, haz que nos mostremos tus hijos para que tu te muestres nuestra madre; sepa el mundo que una nacion protegida por tí y que se hace digna de tus favores, caminará feliz, mas que el pueblo de Israel, por el vasto desierto de esta vida, hasta llegar á la tierra de promision, la gloria.



MEDITACION DECIMA.

Y EN LA HORA DE NUESTRA MUERTE.

PROTECCIONDE LA SANTISIMA VIRGEN.

Si la Santísima Vírgen está pronta á fovorecernos en tiempo de nuestra vida, no lo está menos para la hora de nuestra muerte; porque entonces, siendo mayor la necesidad, se inclina mas su bondadoso corazon á socorrernos.

La hora de la muerte es espantosa, y sin duda la necesidad mas apremiante en que podemos vernos. Consideremos la triste situacion de un moribundo: puesto en el lecho del dolor, traspasado su cuerpo con los rigores de la enfermedad, perdidas las fuerzas, dificil la respiracion y anegado en una congoja inesplicable: su mente turbada, la memoria traéndole muy tristes recuerdos de las culpas cometidas, de los beneficios de Dios despreciados, de la tibieza, del tiempo perdido, de las ocasiones que tuvo de adquirir méritos y que no se aprovecharon, por emplearse en las consecuciones de bienes temporales.

Ademas, el conocimiento de la vanidad de todas las cosas de la tierra, el desengaño con que entonces se mira todo, el dolor de dejar á

los deudos, el temor de comparecer ante el severo tribunal del Señor; y lo que es mas, las terribles tentaciones que en aquella hora combaten; pues convencidos los demonios que resta poco tiempo, no perdonarán medio para combatir el alma con los mas terribles ataques; ademas de esto, es muy triste, pero cierto, que en aquella hora es dificil recibir los Santos Sacramentos con las disposiciones debidas; así por la turbacion del espíritu como por los dolores de la enfermedad. Dice San Agustin, que la penitencia del enfermo es enferma.

Los Santos mismos han tenido gran temor á la hora de la muerte; y la consideracion de ella ha bastado para llevar á muchos al silencio de los claustros y á la lúgubre soledad de los dasiertos, en donde han abrazado una vida llena de abnegaciones y un orar sin intermision; y no obstante esto, llegada aquella hora se estremecian llenos de temores.

De San Hilarion se refiere, que estando para morir, poseido de pavor indefinible decia á su alma: alma mia, ¿qué temes? ¿hace sesenta años que sirves al Señor, y todavia temes la muerte? Y entendamos que éste gran Santo es nn asombro de penitencia, resplandeció en todas las virtudes, como muy digno ejemplo de

la vida monástica.

De San Andres Avelino se lee, que poco antes de morir comenzó repentinamente, á tener una fuerte convulsion; pero de tal modo, que daba repetidos golpes con la cabeza en la pared, poniéndose su semblante denegrido y deforme. Los que rodeaban su lecho estaban atónitos, no pudiendo comprehender como la muerte de un Santo estuviese marcada con signos de desesperacion. Desapareciendo la convulsion, el semblante volvió á su aspecto y color nutural; el Santo, entonces, dando una mirada pacífica á los circunstantes, les dice: hermanos dejad ese estupor, no os confundais con lo que habeis observado, esa convulsion, ese demudarse mi rostro, no ha sido efecto de otra causa; sino de la agitacion que mi espíritu sufria al luchar con una legion infernal, compuesta de diez mil demonios que, por permision divina vinieron en esta hora á darme el último ataque; pero por la misericordia de Dios he triunfado, solo me resta cantar eternamente la victoria en la mansion de la paz. Concluida esta locucion entregó tranquilamente su espíritu en manos del Señor. Ved, pues, lo que es la muerte, y porqué la han temido los Santos; pero, qué digo los Santos, aun el Santo de los Santos, Jesucristo nuestra vida,

tuvo temor á la muerte; porque ese trance es naturalmente temible. Así lo manifestó su Magestad, cuando lleno de angustia en el huerto decia: Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz.

El Padre Nieremberg (1) al hablar de ese triste trance parece que no acierta á explicarlo, y prorrumpe en exclamaciones; con lo cual dice mas, que con análisis y explicaciones. ¡Oh tremendo punto, dice, que es el fin del tiempo y principio de la eternidad! ¡Oh espantoso instante, en el que se cierra el plazo de la vida y se determina la suerte perdurable de la salvacion! ¡Oh momento del cual depende la eternidad, y como debias estar ahora con provecho en nuestra memoria, para no estarlo despues con nuestro arrepentimiento, sin utilidad alguna! ¡Oh momento que no eres tiempo ni eternidad! ¡Cuántos no podrán en este instante acudir á los santos del cielo, ni á los sacerdotes de la tierra; porque ni aquellos rogaran ni estos podrán auxiliarlos; supuesto que dice el Apóstol San Juan, que á la presencia del Juez huirán los cielos y la tierra! ¡Oh, momento! ¡Oh, momento. . . . . !

---

(1) Diferencia entre lo temporal y eterno.

Se dirá, tal vez, que no todos los moribundos experimentan los trabajos y aflicciones que hemos dicho; podrá ser así, porque no hay regla sin exepcion; pero, ¿quién podrá asegurar que sea de los exeptuados? Tambien podrá decirse que puede ser la venida de la muerte tan violenta, que no se sienta su terrible llegada; mas, pregunto, ¿qué no es temible esta muerte? ¿podrémos asegurar que en este momento imprevisto estaremos dispuestos á pasar seguros al Tribunal de la justicia divina? Concluyamos por tanto, asentando absolutamente, que la muerte es temible, y que es la mayor necesidad en que podemos vernos; pero necesidad urgente, necesidad extrema.

Es claro, segun lo dicho, que necesitamos mucho de la proteccion de la Santísima Virgen en ese trance, siendo Ella el conducto por donde nos concede el Señor sus favores; así lo dice San Ligorio, asentando que ninguna gracia ni auxilio recibimos, sin que pase primero por las manos de María. Nuestra ruina será inevitable, si esta Señora no nos asiste en la muerte; sin su auxilio seremos semejantes, en aquella hora, á un caminante indefenso en manos de salteadores: á una oveja aislada en una montaña, guarida de fieras carníboras: á una paloma privada de las alas, en un bosque poblado de

halcones: á un soldado sin armas en la guerra: á una nave sin remo, sin timon y sin velas, abandonada al furor de las olas de un mar alborotado; en suma, pereceríamos irremediablemente.

Mas será todo lo contrario si la Santísima Virgen nos asiste, si nos cubre con su manto, constituyéndose nuestra protectora; pero para esto es indispensable procurarnos y granjearnos con tiempo, esa proteccion y asistencia; porque si en la vida hemos visto con indiferencia la devocion de María, ¿con qué derecho le diremos en la muerte aquellas palabras que Judit, para vencer á Holofernes, decia al Señor: asísteme en esta hora? (1) Y lo que es peor, si nuestra vida ha sido un tejido de ingratitudes y pecados, ¿no podrémos temer, y con razon, que el Señor en justo castigo nos prive del auxilio de María?

Hagamos pues, por merecer no ser abandonados de esa poderosísima Reina, dediquémonos á su devocion, á la imitacion de sus virtudes y á hacernos dignos del dulce nombre de hijos suyos; y entonces nada habrá que temer: será mas fácil que un amigo generoso abandone á su amigo en un peligro inminente: sera

(1) Jud. c. 13.

mas fácil, que un médico penetrado de sentimientos de humanidad, rehuse aplicar los auxilios de la medicina á un enfermo que los pide con lastimeros ayes: y será mas fácil en fin, que una madre deje á un hijo pequeñito abandonado en un sitio poblado de serpientes; sí, todo esto seria mas fácil, que el que la Santísima Vírgen nos negára su maternal proteccion en ese trance.

El autor de un precioso opúsculo, [1] probando que María es nuestra dulzura en la hora de la muerte, dice: considerad que no satisfecha la Soberana Emperatriz del cielo, de ser nuestra dulzura y contento en el tiempo de esta frágil vida, lo es tambien en la hora de la muerte. Reveló la misma gran Señora á Santa Brígida, que se hallaria presente en la muerte de todos aquellos, que le habian servido con fidelidad y constancia. *Adsum in morte eorum, qui mihi pié, sanctéque servierunt.* Y á la verdad, ¿cómo será posible que sea amarga la muerte de aquel que tiene á su lado esta dulce Madre? Si temes, oh alma, caer en el infier-

[1] Fineza de María ó la salve Regina.

no, deja ese temor porque María te librará de esa eterna desgracia: si te espanta la severidad del juicio, María con su proteccion te defenderá; si te tienta el demonio, María con su poder lo vencerá: si temes á Cristo airado, María con sus dulces palabras lo aplacará. San Juan de Dios por ser devoto de María, logró en su muerte la mayor dulzura y contento teniéndola á su lado enjugándole con sus sagradas manos el sudor de la agonía. S. Francisco de Regis murió con dulzura viendo á la Santísima Vírgen que le ofrecia la gloria. Con lo dicho hasta aquí, parece no hay necesidad de mas; pero añadirémos otro poco para que con mas empeño nos procurémos grangear la proteccion de María para la hora de la muerte.

Figurémonos en aquella hora, molestados con los dolores de la enfermedad, ya sin aliento, esperimentando la frialdad de la muerte y agitado nuestro espíritu de mil modos. Si está la Santísima Vírgen en nuestra cabecera, si la vemos por especial favor, ó sentimos su presencia como Santa Teresa sentia la presencia de Dios; ¿qué tenemos que temer? al contrario, nacerá en nuestro corazon una confianza grande y una dulzura inexplicable: los dolores se mitigarán, y no nos causarán ansia ni desasosiego: si nos

combate el demonio no nos arredrarémos, porque nos cubrirá con su manto, estando tan cerca de nosotros. No nos asustará el juicio porque nuestra abogada es la madre del Juez divino, y nuestra alma es el objeto de su cuidado: El pesar de dejar á nuestros deudos, se trasformará en consuelo, porque quedan encomendados al amparo maternal de María: recibiremos bien los sacramentos, porque para ello nos ayudará la distribuidora de las gracias del Redentor, y su Magestad tratará con cariño y llamará hermana al alma que ve tratada por su Santísima Madre, como hija. En una palabra: lo temible de la muerte se convertirá en envidiable, la tristeza en alegría, el temor en esperanza, el dolor en placer, el adusto semblante en sonrisa infantil, la amargura en dulzura, las lágrimas no serán las de fuego que arranca el padecer; sino las de rocío que hace verter la aurora del gozar; y por último, serémos trasladados á la gloria.

Purísima María: el trance de mi muerte ha de llegar sin remedio, y mi alma tendrá que apurar hasta las heces su amargo cáliz, desde ahora te invoco para necesidad tan estrema, prepárame con tus auxilios, presérvame de la culpa, lléname de tu amor, dame que sea tu devoto; y llegada la hora de espirar, asísteme

si es posible visiblemente; mi muerte será tan dulce como ol sueño de un infante en el regazo de la madre; sueño del que despertaré luego, en la mansion del justo, donde publicaré las glorias del Señor y las tuyas eternamente.

CONCLUSION.

Hé aquí, lector amado, concluida la obrita que en honor del Señor, para gloria de la Santísima Vírgen y para utilidad de las almas, he escrito. Si no teneis obras mejores á la mano, como las Glorias de María, el Anuario de María, la Imitacion de María, el Año Virgineo ú otras, procura leer repetidas veces este librito, que aunque pequeño y mal formado te servirá mucho: ó para que te hagas devoto de la Santísima Vírgen si no lo eres, ó para que te enciendas mas en su devocion. El contiene, como habeis visto, la explicacion de la oracion